



documentos dars

Educación y Responsabilidad Social. El vínculo escuela – sociedad como fundamento de una cultura de vida y de aprendizajes de calidad

José Luis Rosales Lassús

2010

Introducción

Este texto se alimenta de mi experiencia como estudiante —escolar y universitario—, como investigador social sobre temas educativos, y como docente y asistente de la Dirección Académica de Responsabilidad Social de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Podría pensarse que esta exposición pretende abarcar muchas cosas. No obstante trataré de articularla en función de la idea del vínculo entre las instituciones educativas —ya sea escolares o universitarias— y las sociedades o comunidades que las albergan. Quiero sostener que tanto la educación para la vida, así como la educación de calidad van de la mano y que ambas suponen un esfuerzo de los docentes porque los estudiantes aprendan a mirar hacia su entorno próximo y dialogar con él. Esto supone romper con una tradición muy antigua —que se remonta tal vez hasta la fundación de las instituciones educativas escolarizadas en nuestro país— en la que la escuela es entendida como el espacio que monopoliza el saber, transmitiéndolo de manera vertical.

Mi exposición está dividida en tres partes. En la primera, presento algunas ideas sobre la forma en que se piensa la educación en el Perú desarrolladas a partir de mi trabajo como investigador social. En la segunda presento una especie de sueño o ideal, compartido con muchos docentes peruanos que creo, lamentablemente, no son la mayoría¹. Esta parte termina con mi experiencia de trabajo en la Dirección Académica de Responsabilidad Social de la PUCP. En la tercera parte, trato de identificar algunas actitudes que es necesario cultivar en nosotros y en nuestros estudiantes para hacer realidad el sueño del que les hablo. Ahora bien, tal como lo plantearé más adelante, creo que el cultivo de estas actitudes debe desarrollarse de una manera particular: mediante la práctica y a partir de acciones concretas que tal vez no estamos acostumbrados a llevar a cabo como parte de nuestro rol docente.

Escuela, universidad y comunidad

Una de las ideas más importantes resultantes de mi experiencia en investigación educativa en zonas rurales es que desde las escuelas existe un fuerte rechazo a todo lo que ocurre fuera de ellas. Para muchos docentes, aquello que sucede extramuros de las instituciones educativas es simplemente ignorancia, carencia, ausencia. Más aún, este espacio de oscuridad amenaza con opacar la luz del saber emitida desde los faros - escuelas. Tomando una metáfora utilizada por un docente de la región Loreto, la

¹ El docente "ideal" que me viene a la mente es José María Arguedas. Hacia 1940, en una escuela en Sicuani, Cusco...

comunidad contamina o ensucia a los niños que deben ser constantemente re – blanqueados por sus profesores.

El padre también muchas veces ayuda en esta formación con los profesores, pero aquí la realidad es diferente. Todos están fuera. El niño juega, lleva su tarea para qué, él juega y no hace la tarea, al final no aprende nada. Otra vez aquí volvemos a... es una lucha constante entre el bien y el mal, como dice entre blanco y negro. Aquí les damos el blanco, allá se van, nuevamente se vuelven pardos, otra vez vienen, le tratamos de blanquear, o sea nosotros los profesores somos la lejía acá. ¿No?”. (Director de IE, comunidad de la cuenca del río Marañón)

Ahora bien, en una investigación en curso en un colegio público de Lima, esta tendencia parece repetirse y se encuentra sumamente arraigada. La misma construcción del edificio escolar evidencia la ruptura entre el adentro y el afuera. La escuela no tiene una sola ventana. Las puertas son de fierro y no tienen rendijas. Desde dentro de la Institución Educativa no se puede ver nada de las calles que la rodean y viceversa.

Esto sucede no obstante desde el Ministerio de Educación se vienen realizando, en los últimos años, grandes esfuerzos por construir un diálogo entre el afuera y el adentro de la escuela (la construcción de un currículo diversificado es uno de estos esfuerzos). Frente a ello, la inercia del pasado es implacable y se remonta hasta la fundación misma de la escuela como aparato del Estado para la construcción de la nación a inicios del siglo XX.

Mi experiencia como profesor universitario me ha hecho pensar que esta brecha entre la escuela y la comunidad va mucho más allá del caso de los colegios públicos. Se da en el nivel universitario y me atrevo a afirmar que también en el circuito de colegios privados. En los cursos que he dictado he notado que a los estudiantes de las Facultades de Ciencias Sociales y Estudios Generales Letras de la universidad en la que enseñé les cuesta mucho salir al campo. Y no digo aquí que sean reticentes a ello, digo que les cuesta. La emoción de “la calle” naufraga frente a su incapacidad de construir una relación de proximidad con la población y esto los frustra. Se refugian entonces en los libros y en la teoría pues les dan muchas más certezas que los seres humanos de carne y hueso. ¡Estudiantes de sociología que no saben conversar, escuchar, sostener un vínculo con las personas! Esta situación es paradójica. Y es que mirar a otros seres humanos y dialogar con ellos más allá de nuestras buenas intenciones es todo un aprendizaje; un aprendizaje muy particular que no se encuentra en libros ni puede memorizarse.

Reconstruir el vínculo

Frente a este panorama voy a permitirme hablarles de la unidad en la que trabajo y el proyecto que tenemos para la formación de los estudiantes de la PUCP. La Dirección Académica de Responsabilidad Social es re-fundada como tal (y digo refundada porque, bajo otros nombres, esta Dirección se remonta hasta los inicios mismos de esta casa de estudios) hacia el año 2005, en un intento por darle mas peso a lo que se denomina “la tercera misión de la universidad”. Esta es: fortalecer su vínculo con la sociedad. Puntualmente, el objetivo central de esta unidad académica, a inicios del año 2010 es

(...) desarrollar, acompañar, promover, articular y difundir iniciativas de Responsabilidad Social Universitaria. En ese sentido, el eje central de su trabajo es identificar y generar las condiciones para que estudiantes, docentes y personal administrativo cuenten con el apoyo, la interlocución y los espacios necesarios que les permitan integrar formación, investigación y acción. Esto con miras a que se constituyan en los protagonistas de proyectos socialmente pertinentes.

Esta es una empresa que cuesta mucho. Sobre todo en relación con la escisión que ha marcado durante mucho tiempo al sistema educativo peruano; escisión de la que les he venido hablando.

Una de las ideas más importantes que tratamos de transmitir desde la Dirección Académica de Responsabilidad Social es que el conocimiento producido en nuestra universidad debe tener un propósito: servir a las personas, sobre todo a aquellas que otras instituciones como el mercado, las empresas e incluso el Estado, no sirven o atienden. Algunos los llaman pobres, otros excluidos. Y saber qué es lo que ellos necesitan cuesta. Porque no estamos acostumbrados a preguntar y, sobre todo, a escuchar las respuestas a nuestras preguntas diferentes de aquella que imaginamos porque claro, como profesionales universitarios lo sabemos todo.

Cultura de vida, calidad educativa y valores

Creo que fortalecer la calidad educativa es central en nuestro país. Creo también que nuestros estudiantes deben ser competitivos en el mercado laboral y en el mundo. No obstante, quiero resaltar en esta reflexión el tema de los valores, a veces dejados de lado en las discusiones sobre calidad educativa. Parto de la definición más básica de valores en sociología, es decir: aquello que se considera importante, valioso o deseable.

Entonces la pregunta que aquí es central es educación... ¿para qué? Es decir, ¿para qué la deseamos? Estamos muy preocupados por los puntajes de nuestros alumnos y alumnas en evaluaciones nacionales e internacionales sobre razonamiento verbal o matemático. Pero creo que esto no es suficiente. Con muchos conocimientos podemos inventar armas y herramientas médicas. Creo que debemos tender hacia lo segundo. Esto es, orientar el conocimiento hacia la producción y reproducción de la vida y no hacia su destrucción.

Ahora bien, es imposible alimentar la vida si no estamos en contacto con ella. Y la vida está en las personas, en los grupos humanos y en su relación con el entorno. Entonces, el valor más importante debe ser el bienestar de la persona humana. Y, desde una perspectiva intercultural, debemos ser conscientes de que cada grupo tiene diferentes formas de pensar y sentirse bien.

Pongo entonces el énfasis en desarrollar en nuestros estudiantes, actitudes hacia los diferentes grupos humanos que les permitan reflexionar sobre aquello que cada uno de ellos entiende como una buena vida. Esto no es sencillo, pues muchas veces damos por sentado, desde nuestra propia perspectiva, que tal o cual cosa generará felicidad y bienestar en todo el mundo. Regularmente, oímos en la radio o vemos en los noticieros los diferentes conflictos alrededor de los usos de los recursos naturales en nuestro país. Mucho se ha dicho ya sobre los desencuentros que están detrás de ellos. Las diferentes poblaciones que habitan el suelo nacional no ven de la misma manera cuestiones aparentemente “universales” como el desarrollo, la naturaleza, el territorio. Y mucha gente no ve eso como posible. Pensar y querer un futuro diferente es sinónimo de ignorancia y/o “salvajismo”.

Creo que la forma más efectiva de sensibilizar a nuestros estudiantes es enfrentarlos al conocimiento de diferentes grupos humanos, sobre todo de aquellos que están fuera de la escuela y están muy dispuestos al encuentro. Recuerdo mucho como, en el colegio donde estudié, se organizaban salidas a diferentes lugares dentro de Lima —lamentablemente mi etapa escolar se desarrolló en los años más intensos del conflicto armado interno, esto interrumpió las salidas fuera de la ciudad capital—. Tal vez las visitas que más me increparon fueron aquellas que realizamos al asilo de ancianos San Vicente de Paul. Las personas que visitamos estaban felices de ser visitadas y escuchadas. Y tenían mil y un historias que nosotros, como estudiantes, oíamos impresionados. Ahora bien, creo que en este caso, la solidaridad era un punto de partida y un punto de llegada a la vez. La solidaridad nos permitió abrir nuestros oídos a esos otros cuyo bienestar estimuló nuestro deseo de seguirlos acompañando. Nunca imaginé que podía contribuir con la felicidad de una persona solo escuchándola. Nunca pensé que la escucha podía ser una necesidad atendible.

Esto es un poco lo que hacemos también en la Dirección en donde trabajo. Proponemos y reforzamos aquellos espacios ya creados para que los estudiantes tengan un contacto con diferentes grupos fuera de la universidad, se entrenen en la capacidad de escucha y sean increpados como profesionales. Esto es que abran sus mentes y corazones a esos otros que los alimentan humana y profesionalmente. Se trata de motivar a nuestros jóvenes a que orienten sus labores profesionales a acompañar y buscar que los diferentes grupos en el país tengan la felicidad de vivir aquella vida que tienen razones para considerar digna y buena.

Si bien es cierto considero una táctica muy eficiente sacar a los estudiantes del salón de clase y de los muros de la escuela, podemos utilizar otros métodos u ejercicios para hacerlos reconocer a los diferentes grupos sociales, sus valores e ideales. Esto puede ser visto como el derrumbe virtual de los muros que la separan de la sociedad. Todos los estudiantes tienen abuelos, tíos; otros muchos que pagan colegios particulares como este tienen un contacto cercano con trabajadoras del hogar, jardineros. Exhortémoslos entonces a mirarlos de cerca y a dialogar con ellos. Podemos usar entrevistas para áreas como personal social, comunicación, entre otras.

Quiero terminar esta presentación tratando de subrayar algunas ideas. La primera es que existe una inercia que separa a escuela y comunidad en nuestro país. La segunda es que esta separación contribuye a que se pierda de vista el horizonte de la educación que creo, y esta es la tercera idea importante, debe ser el bienestar de los diferentes grupos humanos. Una cuarta idea enfatiza en que la noción de bienestar no es homogénea y que si queremos realmente contribuir con las poblaciones a alcanzarlo debemos aprender y enseñar a escuchar. Finalmente, que es en el contacto con la diversidad que encontraremos la inspiración sobre la dirección hacia la que debemos encaminar nuestras acciones como personas o profesionales; es decir, la mejor forma de contribuir con la realización de sus deseos de vidas buenas o vivibles.